

II

TECNOLOGÍAS Y MICROPOLÍTICAS DE LA DIFERENCIA

MULTIPLICAR LA(S) DIFERENCIA(S): GÉNERO, POLÍTICA, REPRESENTACIÓN Y DECONSTRUCCIÓN

Nelly Richard*

Es sabido que las revistas independientes en América Latina han constituido espacios privilegiados para que las voces de la crítica social y cultural, de la práctica intelectual, desborden el formato especializado de la academia y transiten más allá de sus fronteras de vigilancia y resguardo de las disciplinas formales. Las revistas independientes son, en América Latina, uno de los “escenarios ambulantes” (así los llama Edward Said) que le permiten a la crítica diseminar ciertas problemáticas teóricas sobre cultura y sociedad en el campo del debate público.

Estamos reunidos con el Grupo de Trabajo en México DF, en un encuentro de estudios culturales latinoamericanos. No encuentro mejor manera de darle cuerpo y movimiento al tema de este encuentro que elegir a una revista como objeto de mi reflexión: la revista *Debate Feminista*, dirigida por Marta Lamas, que cumplió el año pasado sus 20 años de existencia. La elección se debe a que el proyecto editorial de *Debate Feminista* articula el tema de las “diferencias” haciéndolo

* Universidad de Arte y Ciencias Sociales ARCIS. Crítica y ensayista. Autora de varias publicaciones nacionales e internacionales sobre arte, memoria, género, estética y política. Directora del Magíster en Estudios Culturales de la Universidad ARCIS entre 2005 y 2010. Se desempeña actualmente como Vicerrectora de Extensión y Publicaciones de la misma casa de Estudios.

pasar por una variedad de registros (sexo y género, política, democracia y ciudadanía), de modos de intervención (la teoría y la práctica, el trabajo académico y el movimiento social, el poder institucional, la vida cotidiana, el cuerpo y los medios de comunicación) y también de figuras de estilos (el arte, la literatura). Las diferencias no sólo son el objeto del discurso –exterior– que *Debate Feminista* analiza en el afuera de la política, la sexualidad y el género, sino mecanismos de activación de lo *no-uniforme* en la construcción de voces que la revista practica editorialmente al diversificar en su interior los géneros de la creación, la acción y el pensamiento.

Me parece que el proyecto-trayecto editorial de *Debate Feminista* nos invita a reflexionar sobre las “diferencias” al menos en tres sentidos: 1) el de establecer la “diferencia sexual” como eje prioritario de una lucha teórica y política en contra de las discriminaciones de género y a favor de diversas formas –individuales y colectivas– de emancipación subjetiva que amplíen las fronteras de representación y participación de lo democrático conectándose con otros reclamos transversales; 2) el de revisar las diferencias que existen dentro del feminismo contrastando distintos puntos de vista sobre mujeres, sexo y género, como sano ejercicio para demostrar que el feminismo no es *uno* sino *plural* en sus enfoques; 3) el de multiplicar las diferencias en los modos de escenificar la intervención feminista, alternando diversos motivos de expresión y tramas de significación que cambian libremente de formatos, lenguajes y soportes, según los frentes de debates y combates en los que le toca desplazarse. *Debate Feminista* asume que “la diferencia se produce en la interacción, así como en las intersecciones se producen las apropiaciones, las resignificaciones, las combinatorias, las asimilaciones y la resistencia” (Grimson, 2011).

Me gustaría, entonces, proponer que la revista *Debate Feminista*, hecha de múltiples transposiciones y superposiciones de registros y efectos, ilustra cómo el feminismo no reduce la diferencia de género al tema –biológico o sociológico– de “las mujeres” sino, en palabras de Rosi Braidotti, agudiza “una conciencia múltiple de las diferencias” (Braidotti, 2000) que no se limita a la determinante sexual, aunque *sí* defiende al género como el eje privilegiado de un estratégico desmontaje de las interdependencias binarias que funcionan simbólicamente según jerarquías parecidas a la que organiza dualmente el reparto masculino-femenino.

1. POLÍTICAS DE LA DIFERENCIA.

Al reclamarse del feminismo, la revista *Debate Feminista* establece que la diferencia sexual es aquella máquina binaria que ordena los rasgos y atributos de lo masculino/femenino a través de diversos sistemas de clasificación cuyo reparto de género ordena tanto el mundo social y sus

imaginarios culturales como los procesos intersubjetivos. La diferencia sexual –teorizada desde la conciencia de género– no se refiere a la correspondencia anatómico-biológica según la cual los cuerpos representan esencialmente la naturaleza o la condición de identidades predeterminadas como masculinas y femeninas. La diferencia sexual se plantea, desde una perspectiva de género, como un eje de producción de significados en torno al cuerpo sexuado que se presta a interpretaciones múltiples en el cruce con otras narrativas de identidad locales y parciales. La diferencia sexual no es el dato fijamente consignado por la naturaleza en la superficie desnuda de un cuerpo de origen, sino el incesante proceso de construcción de valores, sentidos y representaciones que se tramam en la intersección entre lo material- corpóreo y lo simbólico-cultural.

La revista *Debate Feminista* parte del supuesto de que no existe una unidad natural de la categoría “mujer”. La orientación dominante de la revista plantea, antiesencialmente, que “no hay asunto femenino que una, por sí, a todas las mujeres, y ni siquiera los temas específicos de género le importan todo el tiempo a todas las mujeres” (*Debate Feminista*, 1990). La revista critica lo que llama “mujerismo”, en tanto “concepción que esencializa el hecho de ser mujer, idealiza las condiciones “naturales” de las mujeres y mistifica las relaciones entre mujeres”, creyendo así que se puede “hablar en nombre de las mujeres, como si estas tuvieran una posición uniforme en la sociedad” (Lamas, 2001). Esta crítica de la revista refuta la idea – naturalizada– del feminismo como un movimiento que es sólo *de* las mujeres y *para* las mujeres, por dos razones: 1) no hay una correlación dada (segura, garantizada, evidente) entre *ser mujer* y *representar a / ser representada por* el feminismo, porque tanto la categoría del “ser” (identidad/propiedad) como la del “representar” (figurar-expresar-reemplazar, etc.) son categorías inciertas, discontinuas y fluctuantes, y: 2) si el feminismo no es capaz de salir de sí mismo para generar vinculaciones y afinidades con otros grupos de subordinación y resistencia, no logrará expandir sus demandas a modelos de política democrática que requieren sumar fuerzas para integrar coaliciones más amplias.

Siendo Chantal Mouffe una colaboradora regular de *Debate Feminista*, esta cita vale como toma de posición de la revista: “

La política feminista debe ser entendida no como una forma de política, diseñada para la persecución de los intereses de las mujeres como mujeres, sino más bien como la persecución de las metas y aspiraciones feministas dentro del contexto de una más amplia articulación de demandas [...] En lugar de tratar de demostrar que una forma dada de discurso feminis-

ta es la que corresponde a la esencia “real” de la femineidad, uno debería tratar de mostrar cómo esa forma abre mejores posibilidades para una comprensión de las múltiples formas de subordinación de las mujeres (Mouffe, 1993).

El acento está puesto en que las posiciones de sujeto que convergen en el referente “mujer” son múltiples y combinadas; en que no existe un mecanismo de opresión de las mujeres dotado de una racionalidad única sino diversos regímenes de codificación de lo genérico-sexual que, mezclándose con otras lógicas de subordinación (clase, raza, etc.) en un movimiento continuo de las diferencias, van redibujando *interna* y *externamente* sus trazados según interacciones variadas y posiciones cambiantes. La diferencia (una diferencia no ontologizada según una lógica de sujeto preconstituída naturalmente) nace de este juego de identificaciones que desplazan y reinscriben las posiciones del sujeto “mujer” en campos de identidades y pertenencia cuyas fronteras de reconocimiento son móviles y plurales.

La teoría feminista –en diálogo con el psicoanálisis y la deconstrucción– ha aprendido a desconfiar del yo como núcleo homogéneo de una verdad transparente del “ser mujer”. Para ciertas feministas, la disolución post-metafísica de la identidad-propiedad del ser que afecta la categoría “mujer” repercute negativamente en la necesidad del movimiento feminista de contar con una representación de género que guíe unitariamente la lucha contra la discriminación sexual. La crisis posmoderna del sujeto autocentrado, la indeterminación de los referentes de identidad que se encuentran hoy fragmentados y diseminados, atentaría contra la necesidad del feminismo de fortalecer políticamente al conjunto de las mujeres que, para movilizarse grupalmente como agentes de cambio, requieren concebirse a sí mismas como sujetos que cuentan con guiones de autodeterminación de la identidad. Muchas feministas activistas desconfían de cómo la crisis posmoderna del sujeto, en su relajo desmovilizador, llega a triunfar justo cuando emergen con fuerza las políticas de identidad del feminismo¹, viendo en dicha coincidencia una insidiosa maniobra de desactivación de los efectos transformadores de la conciencia de género.

¹ Así lo formula N. Hartsock: “Parece altamente sospechoso que sea justo en el momento en que tantos grupos [...] comprometen redefiniciones de los Otros marginalizados cuando emergen las dudas acerca de la naturaleza del ‘sujeto’, acerca de las posibilidades de una teoría general que pueda describir el mundo, acerca del ‘progreso’ histórico. ¿Por qué el concepto de sujeto se torna problemático justo ahora cuando tantos de nosotros que hemos sido silenciados comenzamos a reclamar el derecho a nombrarnos a nosotros mismos, a actuar como sujetos y no como objetos de la historia? Justo cuando estamos formando nuestras teorías sobre el mundo, aparece la incertidumbre de si el mundo puede ser teorizado” (Hartsock, 1990: 163 164). Traducción propia.

Sin embargo, para el feminismo deconstructivo, saber que ninguna identidad es segura, permanente y estable, no quiere decir que no se pueda recurrir estratégicamente a ciertos vectores de representación (“yo mujer”, “nosotras las mujeres”) que operen coyunturalmente como líneas de reagrupamiento en la defensa de intereses de género, sólo que estas líneas deben concebirse entrecruzadas, es decir, abiertas a divergencias y convergencias múltiples, en lugar de ser falsamente garantes de la clausura definidora de un “yo” o de un “nosotras” que se piensan idénticos a sí mismos. El “esencialismo operacional” de Gayatri Spivak propicia el desplazamiento y la combinación de posiciones de sujeto que formulan identidades prácticas en función de las reterritorializaciones múltiples que las cruzan según diversas fronteras de ubicación.

¿Cómo conciliar el nuevo yo desunificado (fragmentario, descentrado, inestable) de la teoría contemporánea, con la necesidad política de seguir apostando a una dinámica de sujetos e identidad que, para articularse colectivamente, no puede disolverse en la pura fragmentación, el descentramiento y la inestabilidad? ¿Puede el feminismo seguir hablando en nombre de “las mujeres”, sabiendo hoy que las identidades contienen tantos pliegues y bifurcaciones que su anclaje referencial amenaza con dispersarse fuera de toda unidad coherentemente programable? ¿Cómo armar políticas de identidad basadas en una conciencia de género, si tanto la identidad como el género son recorridos, en sus cadenas de signos, por múltiples fracturas que interrumpen, desvían y bifurcan el trayecto representacional que debería unir el sujeto del feminismo a su objeto: “las mujeres”?

El debate que ha agitado el feminismo de las dos últimas décadas ha tenido que ver con esta confrontación entre la lógica de las *políticas de la identidad* (la defensa de lo común a todas las mujeres como representación homogénea de su condición de género en la lucha por visibilizar la discriminación de la que son objetos) y aquel *giro desconstruccionista* que socava las categorizaciones unitarias subrayando las fisuras e intervalos que llevan cada identidad y cada diferencia a diferir siempre de sí mismas. Esta confrontación ha sido vivida por algunas feministas como una oposición entre movimiento social (acción) y teoría (academicismo). Por un lado, *Debate Feminista* ha reiterado su rechazo “al antiintelectualismo que tiñe algunas posiciones en el movimiento feminista” (Lamas, 2009: 12), insistiendo una y otra vez que “la teoría no es un lujo, es una necesidad” (Lamas, 2009: 20). Testimonio de aquella defensa son los textos traducidos en las páginas de *Debate Feminista* de muchas de las teóricas más provocativas del pensamiento feminista de hoy (Joan Scott, Teresa de Lauretis, Judith Butler, etc.) que defienden una postura antiesencialista, influenciada por el giro posestructuralista. Todas estas autoras comparten la convicción de que

el feminismo es teoría del discurso, y que hacer feminismo es hacer teoría del discurso, porque es una toma de conciencia del carácter discursivo, es decir, histórico-político, de lo que llamamos “realidad”, de su carácter de construcción y producto y, al mismo tiempo, un intento consciente de participar en el juego político y en el debate epistemológico para determinar una transformación en las estructuras sociales y culturales de la sociedad (Colaizzi, 1992: 113).

Pero al mismo tiempo que defiende la necesidad de la teoría como herramienta analítica para comprender y transformar los ordenamientos de categorías y sistemas de la realidad social, *Debate Feminista* no ha dejado de reclamar –activistamente– una profundización de la democracia y de traspasar ese reclamo a los campos de la política institucional y la organización ciudadana. *Debate Feminista* ha logrado, tal como lo señala J. Franco, “reflejar argumentos –sobre el aborto, sobre la diversidad sexual– que, diseminados en el ámbito político, han tenido resultados positivos como, por ejemplo, la despenalización del aborto en el DF y la mayor aceptación de la diversidad sexual” (Franco, 2009: 3).

Al alternar la elaboración de la teoría crítica con la defensa de la acción política, *Debate Feminista* nos demuestra que la vitalidad del feminismo depende precisamente de su capacidad para volver productiva la tensión entre, por un lado, los *dilemas de la representación* (problematizar toda identidad que se base linealmente en una correspondencia preestablecida entre mujer, género y feminismo) y, por otro, las *luchas de significación* que buscan incorporar el tema de la diferencia sexual articulada por la conciencia de género a redefiniciones más libres e igualitarias de lo político.

Debate Feminista nos demuestra cómo le es posible al feminismo combinar tácticamente “la negatividad crítica de su teoría” (desconfiar de la identidad (esencia-propiedad) como un guión representacional falsamente unificador del “nosotras las mujeres”) y “la positividad afirmativa de sus políticas” (de Lauretis, 196: 34) que lo llevan a no querer renunciar a las luchas de intereses y deseos en torno a los cuales se disputan los significados de la diferencia sexual. La revista *Debate Feminista* logra realizar este gesto doble, desdoblado, a través de una multi-localización del sujeto y de la crítica que pasa por “desdibujar fronteras sin quemar puentes” (Braidotti, 2000) entre distintos mapas de significados de identidad que se juegan asociativamente según las coyunturas. La defensa feminista de la diferencia a la que adhiere la revista de Marta Lamas necesita de “teorías que nos permitan pensar en términos de *pluralidades y diversidades*, en lugar de unidades y universales” (Scott, 1992: 85) y que, por lo tanto, sean teorías que admiten

que los variados territorios de intervención en los que deben pelearse las divisiones y contradicciones de género (las áreas del conocimiento; el trabajo político y la participación cotidiana; la creación artística y el psicoanálisis; las economías del trabajo doméstico, etc.) requieren modalidades localmente diferenciadas, siempre relacionales y condicionales, que movilicen distintos recursos de habla según la especificidad de sus combates y debates.

2. ESTILOS DE LA DIFERENCIA.

Uno de los primeros desafíos teóricos del feminismo ha sido el de cuestionar los metarelatos de lo *universal* y de lo *trascendente* que funcionan como garantes de un conocimiento superior –puro y desinteresado– en base al cual la ciencia y la filosofía se abstraen de las marcas de género que, sin embargo, determinan e influyen en la elaboración del saber. La ruptura epistemológica que deriva de este cuestionamiento político-sexual a la ficción neutral del “saber verdadero” es la primera conquista teórica del feminismo que cuestiona la autoridad superior del conocimiento. Dicha conquista radica en haber sido capaz de demostrar que lo neutro (lo abstracto e impersonal de la tercera persona que le confiere su supuesta objetividad al conocimiento) es la máscara de imparcialidad de una visión de mundo hegemónica tras la cual la autoridad masculina oculta sus censuras, prejuicios y estereotipos. La trampa de lo neutro y su falsa regla de objetividad afirman que una determinada óptica (la masculina) supone tener validez universal por el hecho de representar lo abstracto-general a costa de relegar todo lo concreto-singular (lo femenino) al rango de subordinado en su conceptualización general de lo humano. El feminismo desoculta el vicio de construcción según el cual el pensamiento occidental se formula a través del marcador hegemónico de lo masculino que funciona, invisiblemente, como paradigma de universalización del sentido.

Rebatir la narrativa de lo trascendente-universal como falsa visión objetiva del mundo y defender la materialidad histórica de saberes posicionados en cuerpos, experiencias e ideologías (sociales, políticas y sexuales) es el modo que tiene el feminismo de defender lo que Donna Haraway llama un “*conocimiento situado*”, es decir, un conocimiento inscrito en una determinada localidad crítica que lleva las marcas de una *posición* (marco, encuadre y recorte) en el mundo de las representaciones. Sólo el “conocimiento situado” –localizado y posicionado– sabe oponer la contingencia de sus emplazamientos al universalismo de lo general y su saber de la totalidad que buscan dominar abstractamente la ciencia y la filosofía. La especificidad de la localización o bien, para decirlo en palabras de Stuart Hall, la “política de la ubicación”, es decir, el verse comprometido en acto y en situación con un determinado

espacio y punto de vista en las tramas de discurso, poder y sentido que nos rodean es lo que hace que tanto las identidades como las diferencias se planteen siempre como articulaciones, es decir, modos *relacionales* y *situacionales* de construir experiencias y conocimientos que no aspiran a reflejar ninguna verdad “en sí misma” sino que, por el contrario, se nutren del diálogo con una exterioridad cambiante que modula significados variables.

El anti-trascendentalismo del “conocimiento situado” nos habla de un saber que toma cuerpo y materialidad en soportes y texturas marcadas por historias e ideologías, entre ellas la de la diferencia sexual. Esta defensa del saber encarnado en una contingencia biográfica ha servido para que un cierto feminismo se lance al rescate del valor de la “experiencia” como garantía de autenticidad de un sustrato de identidad de lo femenino que le otorgaría a la diferencia “mujer” el sentido de lo natural y lo profundo. La teórica feminista Joan Scott ha sido eficaz en desmentir ese mito de la “experiencia” como algo pre-articulado cuya pureza de contenido subyacería íntegramente en un más acá del lenguaje. Ella nos dice que la experiencia no es el receptáculo transparente de una verdad originaria (una sustancia no modelada ni interrumpida por ninguna cadena semiótica) que se muestra disponible y rescatable por la vía –naturalizante– de un simple empirismo de lo dado. La crítica feminista posestructuralista se opone a este concepto de experiencia como “realidad prediscursiva (directamente sentida, vista y conocida) que no puede ser subsumida por el lenguaje” (Scott, 1999: 72), insistiendo en que la experiencia sólo cobra sentido al *narrarse* mediante actos de representación que la hacen figurar a sí misma través de palabras o imágenes.

Nos encontramos allí con un nudo estratégico en la relación entre cuerpo, subjetividad, vivencia, representación y conocimiento que atraviesa una cierta narrativa feminista de la diferencia. Si bien el recurso a la experiencia le ha sido útil al feminismo para contradecir las falsas pretensiones de objetividad del saber desencarnado de lo general-abstracto, la idealización del rescate de la experiencia como algo separado de su elaboración discursiva favorece un feminismo testimonial que le otorga a lo *vivido* el dudoso privilegio de la inmediatez y la transparencia. Cuando Marta Lamas reclama contra “la política de identidad de numerosos movimientos sociales que *equipara la opresión con el conocimiento verdadero*” (Lamas, 2001: 98), ella se suma a la crítica que Donna Haraway formula contra “las teorías feministas de la opresión que privilegian el punto de vista epistemológico de las mujeres como grupo social oprimido” (Haraway, 1995: 39) por el solo hecho de que la condición de víctimas de dichas mujeres garantizara *de por sí* la superioridad de lo auténtico y lo verdadero en el re-conocimiento de la esencia de la discriminación.

Las políticas del conocimiento, *sobre todo cuando de diferencias se trata*, nacen de la incompletud del saber, del diálogo fronterizo que se construye en el borde de las relaciones entre objetos y sujetos que dependen de variados mecanismos de traducción entre prácticas, contextos y lenguajes que construyen el significado como algo siempre parcial e intermitente². La crítica feminista tiene que aspirar a que la experiencia de la discriminación sexual se convierta en la fuente verdadera –pura– de un conocimiento de lo femenino que adquiera superioridad moral debido al sufrimiento grabado, como vivencialidad, en el cuerpo de las mujeres. A su modo, Lamas nos advierte que *ser víctima de la opresión sexual no basta para dotar al género de la potencialidad crítica de articular una representación de lo oprimido que cruce lo sexual con otras narrativas de poder y la subyugación* ya que las políticas de la diferencia requieren, para no dejar afuera el plural contradictorio de lo heterogéneo, “desplazarse entre las intersecciones, en las zonas donde las narrativas se oponen y se cruzan”³.

La revista *Debate Feminista* se mueve entre cuerpos, vivencias, relatos y conocimientos. Al yuxtaponer, superponer y contraponer diversas voces narrativas y formatos escriturales, *Debate Feminista* no trata de ocultar las rupturas de planos y las disociaciones de identidad que llevan el feminismo a hablar varios lenguajes a la vez, según los impulsos que lo mueven a veces contradictoriamente. Varias editoriales de *Debate Feminista* dan cuenta de la multiplicidad de ángulos que

2 Dice Boaventura de Sousa Santos: “El trabajo de traducción es complementario de la sociología de las ausencias y de la sociología de las emergencias. Si estas últimas aumentan enormemente el número y diversidad de las experiencias disponibles, el trabajo de traducción tiende a crear inteligibilidad, coherencia y articulación en un mundo enriquecido por tal multiplicidad y diversidad [...] Está claro que las ciencias sociales convencionales son de poca utilidad para el trabajo de traducción. Más allá de eso, el cierre disciplinar significó el enclaustramiento de la inteligibilidad de la realidad investigada y ese acotamiento fue responsable de la reducción de la realidad a las realidades hegemónicas o canónicas [...]. Las zonas de contacto (Mary Louise Pratt) son zonas de frontera, tierras de nadie donde las periferias o los márgenes de los saberes y las prácticas son, en general, las primeras en emerger” (Santos, 2009: 143 145).

3 “Después de haberse atribuido en las décadas de 1960 y 1970 capacidades especiales para generar conocimientos ‘más verdaderos’ a ciertas posiciones oprimidas como fuente de conocimiento hemos visto en la exaltación de lo subalterno riesgos fundamentalistas. ¿Qué gana el especialista en cultura al adoptar el punto de vista de los oprimidos o excluidos? Puede servir en la etapa de descubrimiento, para genera hipótesis o contrahipótesis que desafían los saberes constituidos, para hacer visibles campos de lo real descuidados por el conocimiento hegemónico. Pero en el momento de la justificación epistemológica, conviene desplazarse entre las intersecciones, en las zonas donde las narrativas se oponen y se cruzan. Sólo en esos escenarios de tensión, encuentro y conflicto es posible pasar de las narraciones sectoriales (o francamente sectarias) a la elaboración de conocimientos capaces de demostrar y controlar las condiciones de cada enunciación” (Canclini, 2004: 165 166).

construyen los puntos de vista feminista sobre la diferencia sexual y la conciencia de género y, también, de la variabilidad de sus registros expresivos: “desde el deseo amoroso hasta la conciencia de la acción política en la esfera institucional” (N° 4); “de la performatividad de las palabras pasamos a la de los cuerpos” (N° 40); “El número se arma alrededor de tres temas básicos de la crítica feminista –política, sexualidad y arte” (N° 23); “Con una voz que transita fluidamente de lo político, a lo teórico, a lo personal” (N° 40); “En el entendido que el concepto de “territorialidad” no es únicamente geográfico, sino que alcanza a los campos simbólicos individuales y colectivos, nos resulta lícito abrir el discurso a las otras conquistas, la conquista de los cuerpos como, por ejemplo, el cuerpo biológico y social de las mujeres y desde allí a la re-conquista del, por parte de ese cuerpo de mujer, de la escritura, de la mirada, de la cuestión política y teórica” (N° 5); “Mas no todo debe restringirse a la reflexión política; también queremos señalar que este debate puede ser abordado desde otros puntos de vista: desde los mecanismos del orden simbólico que organizan y explican las expresiones de la vida, del trabajo, de los tiempos, de los géneros y, también, desde la metáfora: ese dispositivo del discurso a partir del cual el lengua que comunica significados sociales más allá del sentido literal” (N° 7).

Bien sabemos que para buena parte del feminismo “la acción sociopolítica continúa pareciendo lo más importante. Para muchas, en efecto, lo político se inscribe en el ámbito de las cosas serias, mientras que la escritura o el arte remitirían por su parte a una cierta modalidad de ocio o de comunicación”, pese a que –desde la crítica cultural– asumimos que “el arte se convierte en algo así como el ángel de la guarda que impide sucumbir a la tentación de la ideología y su reduccionismo. La escritura es aquello que mantiene el pensamiento en los límites de la tesis dogmática” (Collin, 1997: 61). Al mezclar el arte y la escritura con la reflexión teórica y la lucha política, *Debate Feminista* suscribe la necesidad de que los lenguajes de la creación se alternen, en sus desbordes del sentido, con la racionalidad de lo político que guía la obtención de derechos en el campo de las leyes, las instituciones y las costumbres. Esto sirve para que las luchas contra la discriminación no ocupen todas el mismo registro de un saber objetivo fácilmente instrumentalizable por la comunicación dominante, dejando huecos para el secreto y la opacidad.

Este cruce de fronteras entre teoría, estética y política, que pone en *Debate Feminista* le permite al feminismo entrar y salir de las composiciones de identidad mediante un zig-zag entre diversos “yo” de la/s mujer/es que, muchas veces, no coinciden entre sí como son, por ejemplo, el “yo” político (el yo de la acción social y de la lucha institucional: el yo de la decisión), el “yo” teórico (el yo del discurso metacrítico: el

yo de la sospecha) y el “yo” estético (el yo del arte y de la literatura: el yo de la pulsión creativa y del desborde metafórico). Intercalar estos planos de identidad y desidentidad (con todo su juego de atracciones y refracciones) en una misma revista le da fuerza al “sujeto” del feminismo para ser siempre diferente de sí mismo, otro para sí mismo. Esta intercalación de planos no-homólogos permite, por ejemplo, que *Debate Feminista* pueda dejar momentáneamente de lado el tono denunciante y reivindicativo de las luchas de identidad y de las políticas de la representación cuando ese discurso amenaza con caer en la redundancia y la programaticidad, para aventurarse en aquellos márgenes donde un carnaval de formas y estilos desobedientes busca fisurar la ortodoxia del mundo de las protestas (“sociedad”) y de las respuestas (“acción”, “conocimiento”). A estos márgenes, Haraway los llama márgenes de “heteroglosia” y “polivocalidad”. Son márgenes de desidentificación que reúnen todo lo que se sale de las reglas normativas de la univocidad: lo no-integrado, lo difuso, lo errante, lo inconexo; lo que vaga fuera de las totalizaciones identitarias. La fuerza descentradora de estas ambigüedades y paradojas de sentido le permite al sujeto arrancarse de las identidades reconocibles y catalogables, para oscilar creativamente entre “la pertenencia (o identificación) y el extrañamiento (o desorientación)” (Arditi, 2000: 101), tal como lo hace –imaginativamente– *Debate Feminista* al multiplicar las diferencias en sus políticas y sus poéticas.

BIBLIOGRAFÍA

- Arditi, Benjamín 2000 “El reverso de la diferencia” en Benjamín Arditi (Coordinador) *El reverso de la diferencia; identidad y política* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Braidotti, Rosi 2000 *Sujetos nómades* (Buenos Aires: Paidós).
- Colaizzi, Giulia 1992 “Feminismo y teoría del discurso. Razones para un debate” en *Debate Feminista* (México DF) N° 5, Marzo, pp. 113.
- Collin, Françoise 1997 “Poética y política o los lenguajes sexuados de la creación” en Nieves Ibeas y María Ángeles Millán (Editoras) *La conjura del olvido. Escritura y feminismo* (Barcelona: Icaria).
- De Lauretis, Teresa 1996 “La tecnología del género” en *Revista Mora* (Buenos Aires) noviembre, N° 2, pp. 34.
- Franco, Jean 2009 “Elogio de la diversidad” en *Debate Feminista* (México DF) octubre, N° 40, octubre, pp. 3.

- García Canclini, Néstor 2004 *Diferentes, desiguales y desconectados* (Gedisa: Barcelona).
- Grimson, Alejandro *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Haraway, Donna 1995 *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (Valencia: Cátedra) pp. 39.
- Hartsock, Nancy 1990 "Foucault on power: a theory for women" en Linda J. Nicholson (Editora) *Feminism/posmodernism* (New York: Routledge).
- Lamas, Marta 2001 "De la autoexclusión al radicalismo participativo. Escenas de un proceso feminista" en *Debate Feminista* (México DF) N° 23, pp. 98.
- Lamas, Marta 2009 "Los pasos, los poses y los pisos" en *Debate Feminista* (México DF) N° 40, octubre, pp. 12.
- Mouffe, Chantal 1993 "Feminismo, ciudadanía y política democrática radical" en *Debate Feminista* (México DF) N° 7, marzo, pp. 21.
- Santos, Boaventura de Sousa 2009 *Una epistemología del Sur: una reinención del conocimiento y la emancipación social* (México: CLACSO/Siglo XXI).
- Scott, Joan 1992 "Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría posestructuralista" en *Debate Feminista* (México DF) N°5, marzo, pp. 85.
- Scott, Joan 1999 "Experiencia" en *Revista Hiparquía* (Buenos Aires) N° 1, pp. 72.